

En relación a este género de novelas, servirá como punto de partida observar que la idiosincrasia del texto de Benítez Rojo emerge en la coyuntura de dos estrategias narrativas contradictorias: la de suministrar un relato histórico detallado, y la de constituir un intenso comentario sobre la problemática de la historiografía en el contexto de la narratología. Basado en esta incidencia, propongo una lectura que reside en la vertiente *esparagmática*³ del texto, es decir, en la dimensión metalingüística que anuncia un modo de aprehensión dubitativa y antitrascendental del acontecer histórico. Señalaré, por una parte, cómo los cuatro relatos que se amalgaman como texto se nutren de un bien informado archivo histórico con el que se pretende representar la serie de acontecimientos socioeconómicos que sirvieron de antesala a la determinación ontológica del Mar de las Antillas, es decir, con voluntad descriptiva de los orígenes americanos. Y por otra, cómo este trazado fundacional se ejecuta rompiendo la linealidad causalista mantenida por el arreglo oficial de la historia, y privilegiando en su lugar una visión discontinua y provisional del campo empírico seleccionado como objeto de estudio. Veremos, entonces, cómo en base a un protocolo lingüístico que saborea el detalle arqueológico, el proyecto textual de *El mar de las lentejas* desea cavar en la codificación historiográfica dominada por la normativa utilitaria⁴.

Frente a los esquemas conciliadores de representación histórica, aparece el discurso narrativo de *El mar de las lentejas* con un aparato lingüístico en el que, por una parte, se entreveran múltiples estratos del suministro histórico de manera «catastrófica», es decir, disgresional, y por

aptas de ser consideradas dentro de la categoría del género histórico, a saber, Concierto barroco (1974) y El arpa y la sombra (1979) de Alejo Carpentier, Los guerrilleros negros (1976) de César Leante, y De Peña Pobre (1978) de Cintio Vitier. La inserción de la novela de Benítez Rojo dentro de este marco referencial no es, sin embargo, ni acomodaticia ni subordinada. Frente a El arpa y la sombra y Concierto barroco —la primera, de agudo acento confesional y metaficticio, la segunda, vehementemente interesada en la expresión de un ars poética— y junto a De Peña Pobre, más testimonial que histórica, la ficción de El mar de las lentejas se ajusta más ceñidamente a una con-fabulación en base a un exuberante inventario histórico y a una intencionalidad fundacional. No escamoteo el hecho de que en Concierto barroco se inscribe un comentario contestatario a la temporalidad lineal de la historiografía positivista, pero el énfasis de la reflexión sobre una poética barroca americana aparta la novela de una estricta representación histórica. Y frente a Los guerrilleros negros, de objeto histórico más limitado y de lenguaje narrativo más tradicional, su iconoclastico proceder discursivo en cuanto al manejo de los componentes históricos confirma la tensa dialéctica actualmente visible entre historia y ficción.

³ Sparagmos constituye la tercera etapa del drama helénico clásico,

la otra, se acentúa la labor conjetural de la *mise en scène* del relato. Si la función del primer modo es la de avisarnos de la solvencia fenoménica del objeto histórico estudiado, la del segundo es la de destacar la precariedad de la retórica que trata de captarlo en su plenitud y verdad. Si recordamos, primero, que el modo narrativo impulsado por la aprehensión irónica plantea la realidad como una miscelánea y contradictoria saturación de elementos; segundo, que la ideología acompañante revela un radical escepticismo sobre la capacidad de la agencia cognoscente en la captación esencial y representación fidedigna del fenómeno objetivo; y tercero, que esta incredulidad se despliega, en el plano metalingüístico del discurso, podemos entregarnos a la lectura propuesta de la vertiente ironizante y desmitificadora del conocimiento histórico inscrita en *El mar de las lentejas*. Para ello, he reconocido cuatro modos narrativos que a mi entender posibilitan esta estrategia subversiva: el disociativo, el anafórico, el paradójico y el fársico.

El primero de estos modos, el disociativo, subraya el efecto del azar por medio del deslinde discontinuo e incoherente de los hechos históricos. La presencia de esta manera de planteamiento se hace patente en el mismo formato discursivo del texto: cuatro relatos, desarrollados cada uno en siete secciones narrativas (28 en total), cuya organización textual no sigue el orden de la lógica causal. Éstos se definen de acuerdo a la siguiente temática: primero, la rememoración sumaria hecha por la conciencia agónica del monarca español Felipe II en su última noche en El Escorial (1598). Leemos cómo la memoria del rey reúne

caracterizado por la ausencia de héroe y de acción efectiva, en cuyo momento reinan la confusión y la fragmentación. Véase, Northrop Frye, Anatomy of Criticism (Princeton: Princeton University Press, 1973): 192.

⁴ La intención resolutive del episteme positivista ha mantenido una posición de dominio en la figuración del proceso histórico. Hayden White observa que el poder de atracción del discurso positivista radica en la dimensión conciliatoria de su ideología, la que corresponde a paradigmas explicativos de naturaleza orgánica o mecanicista. Si la estructuración de los eventos toma una forma de totalización en la que cada una de las partes refleja el conjunto final de las relaciones, el modo de explicación es sinecdóquico y armonizador en unidad cósmica, es decir, orgánico e integrativo, ejemplificado en el pensamiento filosófico de Herder; si la estrategia relacional de las partes se efectúa siguiendo leyes generales de causa y efecto, el análisis es de tipo metonímico y causal, o sea, mecanicista e iluminador, tal como la dialéctica histórica de Hegel y Marx. Ambos modos explicativos son manifestaciones optimistas que violentan sobre los hechos históricos un telos coherente y anagnórico. Véanse Hayden White, *Metahistory* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1973) y *Tropics of Discourse* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978).

al estricote instantáneas de una vida que ha interpretado los hechos ocurridos en su reinado de acuerdo a una voluntad absolutista y una inquebrantable fe religiosa⁵. Segundo, las experiencias de conquistador del pícaro Antón Babtista, ficticio participante en el segundo viaje de Colón, desde su supuesta salida hacia las Indias (1493) hasta su muerte en La Española años después. Aunque de todos los protagonistas centrales la persona de este arquetípico buscador de fortuna es la única resultante de la imaginación, los eventos ficcionalizados recogen con exactitud documentos testimoniales de la época⁶. El tercer relato es un recuento de las relaciones entre las familias Ponte de las islas Canarias y los conocidos marineros Hawkins de Plymouth. La narración superpone la historia del mercader genovés Cristóbal de Ponte, y sus hijos Bartolomé y Pedro, con la de William y John Hawkins, culminando con el viaje de John a América en 1561. Éste, bajo los auspicios de la casa comercial inglesa de *Hickman & Castlyn* y el estímulo de Pedro de Ponte establecería el contrabando inglés de africanos en el Nuevo Mundo, y abriría los territorios españoles al pensamiento liberal mercantilista⁷. El cuarto relato es una ficticia carta relación del histórico Pedro de Valdés, yerno del Adelantado Menéndez de Avilés, durante su participación en la campaña contra los hugonotes en La Florida (1565). La voz narrativa en primera persona de esta carta-relación presenta a un joven timorato cuya ambición lo obliga a cometer asesinatos en nombre del Estado y la Religión. De los cuatro relatos, y como parodia del sistema de escritura documental, monológica y reduccionista que predominó durante la Conquista, la narración de esta relación es la única que mantiene un desarrollo estrictamente causal⁸.

La aparición de estas secciones a lo largo del eje sintagmático de la novela se baraja suelta y arbitrariamente, estrategia anunciada en comentario autorreflexivo por la voz que recoge el pensamiento de Felipe II: «Un súbito viento del oeste arrastra las numerosas hojas caídas, amontonán-

dolas, arremolinándolas, levantándolas en un aleteo de oros viejos y rojos apagados» (23). Esta evidente *mise en abyme* marca en el relato la voluntad antilinearista que informa la aprehensión del campo histórico que el autor busca figurar. De acuerdo a esta estrategia, vemos cómo resulta imposible adjudicar claros márgenes de principio y fin a la totalidad del periodo considerado. A pesar de que el relato de Antón Babtista ubica al lector en 1493, y la muerte de Felipe II en 1598, encontramos una intrincada red de remitencias históricas que nos involucra en una temporalidad que excede ambos límites: por una parte, la lectura se escurre en el pasado con la aludida participación de Babtista en la conquista de Granada, y por la otra, se escorza hacia un futuro con el programa isabelino que sobrevive a Felipe II. O sea, la historia se dispersa por los bordes que pretendidamente la fijan en marco objetivo. El entreverado formal de las secciones narrativas se extiende al interior de ellas mismas en la pluralidad de un escenario geográfico, social y económico contrastivo, en la relación hiática entre las escenas de los eventos representados, y en la abrupta metamorfosis desorientada de las voces narrativas que las enuncian. Con excepción de la apócrifa relación de Pedro de Valdés, que por violentar con su simple desarrollo lineal la complejidad del entramado fenoménico es reconocida por el mismo Felipe II como una «desabrida crónica» (159), el curso de los otros relatos zigzaguea con arbitrarios desplazamientos espacio-temporales. El marco geográfico-cultural así referido tanto ubica a la imaginación del lector en la exuberante textura de las islas caribeñas y su mar refulgente como en la más umbrosa de Flandes, Irlanda o Escocia; en la pringada austeridad monarcal castellana así como en los trasiegos mercantilistas de un incipiente capitalismo de puertos ingleses; en lo palustre de unas costas africanas siempre ficcionalizadas turbias tanto como en el bálsamo voluptuoso de unas Canarias abiertas al océano.

⁵ Las rememoraciones narradas se informan de un catálogo histórico rigurosamente extraído de las biografías oficiales de Felipe II. Véase, William T. Walsh, *Philip II* (London: Sheed & Ward, Inc., 1937).

⁶ Por ejemplo, la narración de la llegada de las naves de Colón por segunda vez a las islas caribeñas se identifica como un hábil pastiche de la descripción contenida en la carta del sevillano Chanca al Cabildo de Sevilla. Véase M. Fernández de Navarrete, *Viajes de Cristóbal Colón* (Madrid: Calpe, 1922): 213-43.

⁷ Véanse, Antonio Rumeu de Armas, *Los viajes de John Hawkins a América, 1562-1595* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947), y Richard Hakluyt, *Hakluyt's Voyages. The Principal Naviga-*

tions, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation, ed. Irwin R. Blacker (New York: The Viking Press, Inc., 1965) para una verificación del detallado y extenso aparato histórico de este relato.

⁸ Para un planteamiento de las características de la carta relatoria como género discursivo histórico véase, Walter Mignolo, «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en *Historia de la literatura hispanoamericana I*, ed. Luis Inigo Madrigal (Madrid: Cátedra, 1982): 57-116; y para la documentación histórica, véase Eugenio Ruidíaz y Caravia, *La Florida, I* (Madrid: Hijos de J. A. García, 1894). Contiene el memorial de Gonzalo Solís de Mera con las Jornadas de Pedro Menéndez de Avilés.